EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA DEL TIEMPO Y DEL GLOBO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 18, TOMO II.—LUNES 16 DE JUNIO DE 1845.
La redaccion está en la calle del Príncipe, núm. 10, cuarto entresuelo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.-Un año 110.-Suscricion en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografia del cardenal Cisneros, artículo segundo, por D. José Amador de los Rios.—Poesía, por D. M. Roca de Togores.—El Hermano de la Mar, continuacion, por D. Tomas Rodriguez Rubí.—Poesia lirica, por D. Gavino Tejado.—Sucesos contemporaneos.

BIOGRAFÍA.

EL CARDENAL CISNEROS.

ARTICULO SEGUNDO.

El hombre extraordinario que como hemos notado en el artículo anterior, tanta influencia tuvo en la suerte de España, decidiendo de la ruina del feudalismo y confundiendo para siempre el orgullo de la nobleza castellana, nació en Torrelaguna en 1437. Fueron sus padres, Alonso Jimenez de Cisneros y Mariana Jimenez de la Torre, descendiente el primero de una noble familia de la villa de Cisneros, y procurador de Torrelaguna.—La envidia y el resentimiento de los magnates, á quienes habia hecho entrar en razon el cardenal, durante el tiempo de su gobierno, le echaban en cara la humildad de su nacimiento, cuando si hubiese carecido Cisneros de la nobleza de la sangre, hubieran bastado sus acciones para ilustrarle, asi como son para su posteridad brillantes títulos de gloria.

La pobreza de sus padres y su natural inclinacion obligaron á Cisneros á seguir la carrera eclesiástica.—Admitido en las aulas de la universidad de Salamanca, emporio á la sazon de las letras, manifestó desde luego un talento tan aventajado y una severidad tan señalada en sus juicios, que no pudo menos de atraer sobre sí la admiracion general, descubriendo al par cierta superioridad de carácter, que le conquistaba el respeto de sus compañeros. Estudió la filosofia que entonces se enseñaba, prosiguiendo despues sus lecciones en teología y derecho civil y canónico bajo la direccion del célebre maestro Roa, y aplicóse entre tanto al conocimiento de las lenguas orientales, desplegando una inteligencia extraordinaria en todos es-

tos estudios.—Tomó al cabo las órdenes del sacerdocio, no con poco trabajo por parte de su pobre familia, para la cual era un verdadero sacrificio cualquier gasto que se le originaba, y resuelto á probar fortuna, se encaminó á la córte romana, teniéndola tan fatal en su viaje, que fué robado dos veces, y se hubiera visto precisado á renunciar á sus proyectos y esperanzas, á no haberle socorrido un antiguo condiscípulo suyo que se dirigia tambien á Italia.—Llegó por fin á Roma, en donde recibió la honrosa comision de defender ciertos derechos del clero español que se ponian en tela de juicio: su erudicion, su sagacidad y su elocuencia, desplegadas en defensa de intereses pátrios, le granjearon la estimacion de la córte, y muy en breve la amistad de Sixto IV, quien deseando honrarle y prevenir su pobreza, le dió una *bula espectativa*, por la cual tenia opcion á cualquiera beneficio que en el arzobispado de Toledo quedára vacante.

Recibió en este tiempo Cisneros la noticia de la muerte de su buen padre, y corrió á España para enjugar las lágrimas de su tierna madre, y para atender á la educacion de sus hermanos, cuya corta edad habia menester de las mayores atenciones.—Armado con su bula, esperaba ansioso que resultase alguna vacante, cuando su buena ó mala suerte le deparó el archiprestazgo de Uceda prebenda codiciada por otros sacerdotes que alcanzaban grande favor con el arzobispo don Alonso Carrillo, cuyo espíritu duro y violento no podia ver tranquilo que se le arrebatase la provision de semejante plaza.—Resistióse, pues, el prelado á dar cumplimiento á la bula pontificia; insistió Cisneros, y hubo de ceder al cabo don Alonso Carrillo, si bien resuelto á tomar venganza de su nuevo súbdito, que otro crímen no tenia mas que anhelar vivamente por aquel medio mejorar la triste situacion de su familia.—Poco tiempo poseyó el archipreste su prebenda: el odio del arzobispo le sepultó en una torre del mismo Uceda, en donde hubiera permanecido eternamente, si no hubiese renunciado aquel fatal beneficio, que le habia hecho concebir tan gratas esperanzas, por tener en su jurisdicción á su pueblo nativo, no perdiendo asi de vista á sus desgraciados hermanos.—Cuéntase por los cronistas del Cardenal, que hallándose éste en la prision muy afligido, y notándolo otro sacerdote, víctima tambien de la saña del orgulloso Carrillo, trató de consolarle prediciéndole con el ejemplo no muy distante de don Juan de Cerezuela, hermano bastardo de don Alvaro de Luna, que saldria tal vez del encierro para ocupar un puesto señalado en la república eclesiástica; prediccion que oyó Cisneros con la mayor indiferencia, y que no podria menos de recordar, cuando gobernaba la iglesia toledana.

Libre ya de la persecucion del intolerante arzobispo, y llamado por don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Sigüenza, á quien habia interesado vivamente su desgracia, pasó Cisneros á aquella ciu-

dad para encargarse de la vicaría general del obispado, si bien llevando en su pecho el amargo disgusto de las cosas del mundo.—Mendoza, cuyo gran talento y magnánimo corazon eran capaces de comprender el sentimiento que aquejaba á Cisneros, procuró restituirle la calma: en los diálogos que con él sostuvo, descubrió aquella alma grande de tan sublime temple, que habia despues de admirar á la nacion entera, y aquella voluntad firme que era imposible de torcer, tomada ya una resolucion, á la cual hubiera precedido un maduro juicio.—Cisneros habia encontrado tambien en Mendoza un grande hombre: ambos estaban llamados á regir los destinos de la monarquía que se estaba creando; ambos debian á su patria inmensos sacrificios.—Cisneros, sin embargo, era mas jóven; habia sido el blanco de una venganza inmerecida: deseoso de aliviar la suerte de su madre y de sus hermanos, solo habia recogido desengaños en cambio de sus doradas ilusiones; Cisneros concibió una aversion terrible hácia cuanto le rodeaba, y resolvió finalmente abrazar la vida monástica, cediendo sus beneficios á uno de sus hermanos, para tomar el hábito de san Francisco en san Juan de los Reyes de Toledo, el año de 1477, época en que contaba ya cuarenta de edad, siendo el primer novicio que tuvo aquel convento, levantado por la piedad de los reyes Católicos.

La severidad de su carácter y el disgusto que anidaba en su pecho, le hicieron distinguirse muy pronto, en medio del claustro, por una austeridad de costumbres extraordinaria y una devocion profunda, si bien su espíritu firme no decayó en el sombrío fanatismo que caracterizaba entonces la vida monástica.—Reconocidas sus relevantes prendas por los religiosos de su órden, y llegado el tiempo de nombrar provincial de Castilla, no titubearon en dar á Cisneros tan honroso cargo, que fué aceptado por él sin muestra alguna de repugnancia.—El primer deber de su nuevo empleo consistia en visitar toda la provincia para poner enmienda en los abusos que hubieran podido introducirse en la observancia de la regla: Fr. Francisco Jimenez de Cisneros comenzó esta tarea con tanto celo, que caminando siempre á pie y haciendo jornadas demasiado largas con parcos alimentos, llegó á poner en grande apuro al sócio y al lego que le acompañaban, los cuales protestaron contra aquel género de vida, asegurándole que si no se relajaba algun tanto su rígida observancia, vendrian los tres á morirse de hambre y cansancio en mitad del camino.—El severo provincial oyó con disgusto las reclamaciones de sus compañeros, y continuó su visita, sin hacer la mas leve alteracion en el plan que se habia propuesto seguir en ella.

Contábase el año de 1482, cuando fué elegido arzobispo de Toledo don Pedro Gonzalez de Mendoza, cuya influencia en el reino y cuyo extremado valor habian asegurado la corona de Castilla en las sienes de Isabel I.—Recordando este ilustre prelado las virtudes y el gran talento de Cisneros, cuya separacion habia sentido entrañablemente, y gozando de un prestigio sin límites en el ánimo de la inmortal Isabel, creyó cumplir con un deber de conciencia, recomendándole el sábio provincial de Castilla, é indicándole que nadie mejor que él podia desempeñar el puesto de su confesonario.—Oyó la reina con singular placer la propuesta del arzobispo, noticiosa ya de las señaladas virtudes y del saber profundo de Cisneros y llamóle inmediatamente á su lado, colmándole de distinciones y mercedes.—Aquella gran princesa que Dios habia puesto en el trono de Castilla para curar todas las llagas de la patria, para restablecer el órden en la monarquía y extender los límites del imperio cristiano, no tardó en reconocer por sí el mérito de Cisneros, poniendo en él toda su confianza.—La esclarecida reina, que tan animosa se habia mostrado en mitad de los peligros, como docta en el consejo, sometió desde aquellos momentos al de su confesor todos los asuntos mas importantes del Estado, antes de consultarlos con su esposo, obteniendo siempre las mas satisfactorias soluciones.—La política de Mendoza, manifestada en las Córtes de Toledo al examinar las mercedes enriqueñas, política desplegada desde un principio por la reina Isabel y por don Fernando, habia menester de una poderosa ayuda en la córte para triunfar de todos los obstáculos que le oponian sin cesar los magnates, cuya anárquica influencia habia comenzado á fracasar venturosamente.—Cisneros, que abrigaba un odio secreto á los desafueros y escándalos cometidos por aquellos; escándalos en que habia tenido gran parte su perseguidor don Alonso Carrillo, no pudo menos de comprender la importancia de esta idea, cuyo total desarrollo le estaba encomendado por la Providencia.

La conquista de Granada, que llamó tan vivamente la atencion de todas las provincias cristianas, sirviendo al mismo tiempo de estímulo para acallar todas las pasiones bastardas y exaltar el entusiasmo religioso, fué una larga tregua asentada entre el trono y sus naturales enemigos de la cual no pudo menos de salir aquel fortalecido, mientras estos cooperaban, sin imaginarlo, á destruir su preponderancia.—El gran Cardenal de España y el confesor de la reina siguieron los reales de Fernando V, durante aquella larga y gloriosa lucha.—Las plazas de Málaga, Loja, Guadix, Almería, Alhama y otras muchas, vieron llenas de espanto volar las cruces de Mendoza en medio de los campamentos que los asediaban: el confesor de Isabel, siempre á su lado, siempre dispuesto á ejecutar sus mandatos y á prestarle saludables consejos, prevenia las necesidades de aquel valeroso ejército que para valernos del dicho de un historiador, arrancaba uno á uno los granos de aquella rica Granada. Cayó finalmente la perla del mediodía bajo el imperio castellano y volaron las enseñas de Cristo donde se ostentaban en otro tiempo poderosas y temibles las medias lunas: los consejos de Mendoza y de Cisneros, determinaron á los reyes Católicos á permanecer por algun tiempo en la nueva capital, y á establecer en ella una córte numerosa, medios con que se proponian quitar á los vencidos musulmanes toda ocasion de revueltas, acostumbrándoles al mismo tiempo á la obediencia y deslumbrándolos con la grandeza de la córte castellana.

Tres años habia que el reino de Granada formaba parte del castellano, cuando el 11 de enero de 1495 pasó de esta vida el gran cardenal Mendoza, que adivinando el fin de sus dias, se habia retirado á Guadalajara, á donde fueron á visitarlo y á presenciar su muerte los reyes Católicos. Al espirar aquel grande hombre, á quien no abandonaron en los últimos momentos la serenidad ni el valor que le habian caracterizado siempre, rogó á Isabel y á Fernando que nombrasen por arzobispo de Toledo «un sugeto de gran virtud y de mediana esfera, para evitar los trastornos promovidos por el revoltoso don Alonso Carrillo, que en semejante dignidad le habia precedido.»—La grandeza de aquel cargo, y su influencia en el reino, habian llegado en efecto, á ser de tal importancia, que el voto del arzobispo de Toledo era bastante para inclinar la balanza en los mas árduos asuntos.—La reina Isabel, que conocia todo el valor de las palabras de Mendoza, y que estimaba en su justo precio las virtudes de Cisneros, no pudo menos de fijar su vista en el humilde religioso de Torrelaguna para exaltarlo á la dignidad primera de la Iglesia española.—Venció no sin algun trabajo la repugnancia de Fernando, que pensaba dar aquella silla á un hijo suyo bastardo, y sin que su confesor se apercibiese de ello, impetró una bula de Alejandro VI, que regia á la sazon la Iglesia católica, por la cual se imponia á Cisneros la obligacion de aceptar el arzobispado vacante por la muerte de Mendoza.—La resistencia del antiguo vicario de Sigüenza, no pudo ser mas digna ni aparecer mas justificada: la perseverancia de la reina Isabel, triunfó al cabo, tomando posesion en 1498 de la iglesia toledana, el mismo hombre que habia sufrido la persecucion mas injusta por el odio de uno de los prelados de la misma metrópoli.—La prediccion del sacerdote preso en la torre de Uceda se habia cumplido.

Los primeros pasos de Cisneros al asentarse en la silla de los Eugenios é Ildefonsos, se encaminaron á prevenir las necesidades de sus administrados: visitar las iglesias y los hospitales, purgar su diócesis de usureros y de gente de mala vida, proveer los juzgados de personas de probidad y desinterés, dar nuevas constituciones al clero por medio de los concilios sinodales que celebró en Alcalá y en Talavera, y reformar últimamente la regla de los observantes, en cuyas empresas halló no pocas oposiciones..... hé aquí los asuntos que llamaron directamente la atencion del antiguo provincial de Castilla. La misma austeridad de costumbres que habia desplegado durante el tiempo de su vida monástica, la misma severidad de principios que le habia animado desde sus primeros años, manifestó Cisneros en su inesperada elevacion.—Para él tenia muy poco valor todo lo que no era real y efectivamente virtuoso; y en la provision de los curatos y demas prebendas, solo atendia al verdadero mérito de los pretendientes, llevando tan adelante su rectitud, que bastaba el que llegase á sus manos una pretension cualquiera recomendada, para negarla sin mas exámen; costumbre que conservó tambien en todo el tiempo de su regencia.—«El verdadero mérito no ha menester de la lisonja:» solia decir cuando le abrumaban á fuerza de empeños, para arrancarle alguna gracia poco merecida.—Ocupábase Cisneros en estos plausibles trabajos, al mismo tiempo que los reyes Católicos, mal aconsejados ó llevados tal vez de un celo indiscreto, intentaban acometer la difícil y arriesgada empresa de reducir al cristianismo á todos los vencidos sarracenos, y deseando valerse del arzobispo de Toledo, le llamaron á Granada para que llevase á cabo este pensamiento, ayudando á Fr. Hernando de Talavera, á quien habian investido con la dignidad arzobispal de aquella diócesis.—El carácter fuerte de Cisneros, y la severidad de sus doctrinas, no eran los medios mas á propósito para lograr el fin que los reyes se proponian:—entre las medidas que adoptó, habia algunas que podian calificarse de violentas y poco acertadas, como manifestaron despues los hechos. Trató de obligar á los renegados y á sus hijos á que abjurasen del islamismo, y este mandato que contradecia las capitulaciones, bastó para encender la tea de la rebelion, viéndose amenazado Cisneros de perder la vida en su misma casa.—Cedieron finalmente los amotinados á las persuasiones del arzobispo Talavera, y del conde de Tendilla, restableciéndose la paz en la ciudad, si bien no tardó esta en turbarse para llenar de luto á muchas familias castellanas y privar á España de multitud de brazos útiles para la agricultura, brazos que pasaron á cultivar el suelo africano.—Otra de las medidas que no puede menos de condenar la crítica, fué la quema que hizo el arzobispo de Toledo de los *Coranes* y libros arábigos: este acto, que era esencialmente hijo del odio religioso que profesaba Cisneros á los sarracenos, no tiene disculpa alguna en un hombre que como él estaba iniciado en el conocimiento de las lenguas orientales. ¿Qué frutos se obtuvieron, pues, de semejante determinacion? ¿Se redujeron los musulmanes mas fácilmente? No; porque se exaltó por el contrario su cólera, creciendo mas y mas la saña que abrigaban contra los vencedores.—¿Se alcanzaron algunas ventajas para borrar su religion? No; porque quedaban millares de libros de la ley de Mahoma que bastarian para perpetuarla.—Lo que se obtuvo solamente, lo que se logró fué dar un funesto ejemplo, tanto mas fatal, cuanto que habia de ser imitado con mas calor por los primeros misioneros que pasaron despues al Nuevo Mundo, los cuales quemaron cuantos escritos, geroglíficos é historias hubieron á las manos, privando así á las ciencias de aquellos auténticos testimonios para conocer y apreciar la historia del pueblo americano.—La conducta observada por el arzobispo Cisneros en Granada, no puede por tanto dejar de merecer la censura de todos los hombres sensatos é imparciales.

Pero al mismo tiempo que ofrecia al mundo el antiguo archipreste de Uceda tan lamentables pruebas de su excesivo celo religioso, quiso dejar tambien á su posteridad un solemne testimonio de su ilustracion, lo cual atenúa hasta cierto punto los duros cargos que pueden dirigírsele.—El establecimiento de la universidad de Alcalá, en donde reunió á todos los hombres mas distinguidos de su época, y el pensamiento de dar á luz la *Biblia Poliglota*, si ya careciese el cardenal Cisneros de otros títulos para merecer el aprecio de sus compatricios, bastarian para inmortalizar su nombre.—Abrigaba el arzobispo desde su juventud la idea de reunir en un solo libro todas las versiones que se habian hecho y pudieran hacerse de aquella veneranda historia, y cuando rodeado ya de las personas mas hábiles de Europa, se halló en estado de poder desarrollarla completamente, no perdonó medio ni gasto alguno para

alcanzarlo. «Muy útil es para la Iglesia, decia en el »prefacio que puso al frente de la Biblia, dirigido »al gran Pontífice Leon X, el dar al público los ori»ginales de la Escritura, ya porque ninguna traduc»cion puede representarlos perfectamente, ya porque »segun el sentir de los Santos Padres, se debe re»currir al texto hebreo para conocer profundamente »los libros del Antiguo Testamento, y al griego para »interpretar los del Nuevo.» —La *Biblia Poliglota* no comenzó sin embargo á publicarse hasta el año de 1515.

Sorprendió el siglo XVI al ilustre arzobispo de Toledo ocupado en tan plausibles trabajos, en los cuales tomaba una parte activa, dedicando no pocas horas á la revision de los manuscritos griegos, hebreos, caldeos y latinos; cuando la muerte de la reina Isabel vino á sacarle de aquellas tareas, para entregarlo de lleno á los negocios públicos.—Del modo con que Cisneros cumplió con los deberes que le imponian su estado, apareciendo como el medianero entre el rey Fernando, el archiduque D. Felipe y los descontentadizos magnates, lo han visto ya nuestros lectores en el artículo anterior, en donde tratamos al mismo tiempo de apreciar su conducta, durante los veinte meses de su dificil regencia.—Noticioso entretanto Julio II de las grandes virtudes del arzobispo, le honró en 1507 con el capelo, merced que fue recibida por Cisneros con la ejemplar modestia que le caracterizaba, y que no pudo menos de adquirirle mayor autoridad en el reino.—La conquista de Orán, emprendida y llevada felizmente á cabo en 1509, en cuya empresa se mostró el anciano cardenal tan hábil político, como experto caudillo, teniendo la honra de que saliera á recibirle á su vuelta el rey Fernando á cuatro leguas de distancia de Sevilla; y la solicitud con que acudió poco tiempo despues á prevenir el hambre que amenazaba á Castilla, con la grande esterilidad que la aquejó por algun tiempo, estableciendo á su costa graneros públicos en Toledo, Alcalá, Torrelaguna y otros puntos, le granjearon la estimacion universal, y el halagüeño título de padre del pueblo.—Todos sus desvelos se habian dirigido durante su larga vida á mejorar la suerte de éste: toda su ambicion se veia satisfecha al ver cumplidos sus deseos, que se enderezaban al par, como en el artículo anterior indicamos, á fortalecer la potestad del trono.—Cuando en el tiempo de su regencia el almirante de Castilla, el conde de Benavente y el duque del Infantado fueron á preguntarle en virtud de qué poderes gobernaba el reino de Castilla, el cardenal Jimenez con su acostumbrada serenidad les rogó que le siguieran, y acercándolos á un gran balcon, les mostró su guardia, exclamando: «En virtud de ese poder gobierno yo, y »he de gobernar á España, hasta que el príncipe »Cárlos venga y reciba el reino, cuya regencia me »ha confiado.» Y haciendo al mismo tiempo una señal, tronó una descarga de artillería, añadiendo el regente con voz entera: «*Hæc est ultima ratio regum.*» Semejante respuesta llenó de terror á los alborotados nobles y los aquietó enteramente, bien á pesar suyo.

Mientras el cardenal Cisneros aseguraba al rey don Cárlos de Austria la rica herencia de sus abuelos, la envidia de los cortesanos flamencos, excitada ya desde la venida de Felipe el Hermoso, buscaba los medios de deshacerse de él, malquistándole con el jóven monarca.—Habíale éste asociado desde un principio á Adriano de Utrecht con el intento de contrarestar en parte el gran prestigio que gozaba el cardenal en España; pero la desigualdad del talento de entrambos regentes, hizo muy en breve que el obispo flamenco hubiera de limitarse á ostentar solamente un vano título, teniendo apenas participacion en el gobierno de un pueblo que por otra parte le era enteramente desconocido. Las empresas de Cisneros, terminadas con tanta gloria, no podian menos de avivar de dia en dia los celos de la córte de Bruselas: don Cárlos llevado de las sugestiones de sus favoritos, nombró dos co-regentes mas, para que reforzasen á Adriano. La Chau y Amestorf vinieron á España: al entrar en el Consejo sufrieron sin embargo la misma suerte que el obispo de Utrecht. Cisneros continuó siendo el árbitro de los destinos de Castilla, á pesar de la astucia del primero y de la firmeza de carácter del segundo.—Conociendo entre tanto que su vida no podia ser muy larga, rogó al rey don Cárlos que pasase á la Península, para que siendo conocido de los castellanos, aprendiesen estos á obedecerle sin la repugnancia con que se recibe siempre entre nosotros el dominio extranjero.—Los consejeros del príncipe retardaron todo lo posible su venida, temiendo que á vista del viejo cardenal se les escapase el favor de las manos.—Don Cárlos se embarcó al cabo para España: Cisneros se dirigió á Asturias con ánimo de recibirle en sus brazos, viéndose obligado á detenerse en el camino, asaltado de un grave accidente.—Le escribió no obstante con la franqueza que acostumbraba, aconsejándole que despidiese á sus cortesanos, y solicitando con él una entrevista.—La respuesta que obtuvo fué una órden del mismo Cárlos, en la cual se le prevenia que dejando de entender en los negocios del Estado, se retirase á su diócesis á descansar, como él mismo habia pretendido.—Acongojado al ver aquella ingratitud, el ilustre anciano que tanta entereza habia desplegado en los veinte meses anteriores, no pudo resistir al peso de su inmerecida desgracia, bajando al sepulcro pocas horas despues de haber recibido la fatal nueva, lo cual ha dado márgen á algunos escritores para suponer que murió envenenado. Pero esta sospecha injuriosa para el buen nombre español, nada tiene de verosímil: Cisneros gastado por los trabajos y por los años, cuando contaba ya ochenta de una vida tan afanosa, no se hallaba en verdad en situacion de hacer frente á un golpe tan terrible, máxime cuando al recibirlo, no se encontraba aun repuesto de los achaques que le hicieron detener su viaje. El cadáver del cardenal fué trasladado á la Universidad que habia él mismo fundado en Alcalá de Henares, en donde reposa en un magnífico sepulcro.

Para terminar nuestra tarea, trasladaremos á este sitio el juicio que hace el historiador escocés Robertson de tan grande hombre. «Cuando se con»sidera, dice, la variedad, la grandeza y el buen »éxito de las empresas de este gran ministro, du»rante una regencia que no duró mas que veinte »meses, se duda de si ha merecido mas elogios por »su sabiduría en el consejo, por su prudencia en la »conducta, ó por su audácia en la ejecucion. Su re»putacion no solamente como hombre de ingenio sino »como hombre piadoso es aun acatada en España; »siendo el único ministro á quien sus compatriotas «hayan honrado como á un santo, y á quien durante »su administracion haya el pueblo atribuido el don »de hacer milagros.» —Hé aquí la gloria que no podrán eclipsar cuantos escritores se empeñen en nuestros dias en atribuir á Cisneros pasiones é ideas que estuvo muy lejos de abrigar en los diferentes estados de su vida.—Nosotros que nos preciamos de imparciales, no hemos dejado sin embargo de apuntar los lunares que oscurecieron algun tanto sus grandes virtudes.—A nuestros lectores toca el decidir si nos hemos contenido en los justos límites.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

El romance que á continuacion insertamos, fue leido y aplaudido singularmente en una tertulia particular, donde se reunen los principales literatos de la córte. Quizá dándolo á luz invadimos algun tanto la vida privada que nosotros, como quien mas, respetamos; pero creemos que nos lo perdonarán nuestros lectores, ya porque les procuramos una obra de autor que escasea mucho las suyas, ya porque al través de galas y descripciones poéticas, envuelve la presente tan altos principios y tan provechosas verdades, que fueran convenientes, aunque en mala prosa se espresasen.

RECUERDOS DE SALMANCA.

Romance I.

EL HOSPEDAJE EN EL CAMPO.

A. la C. del M.

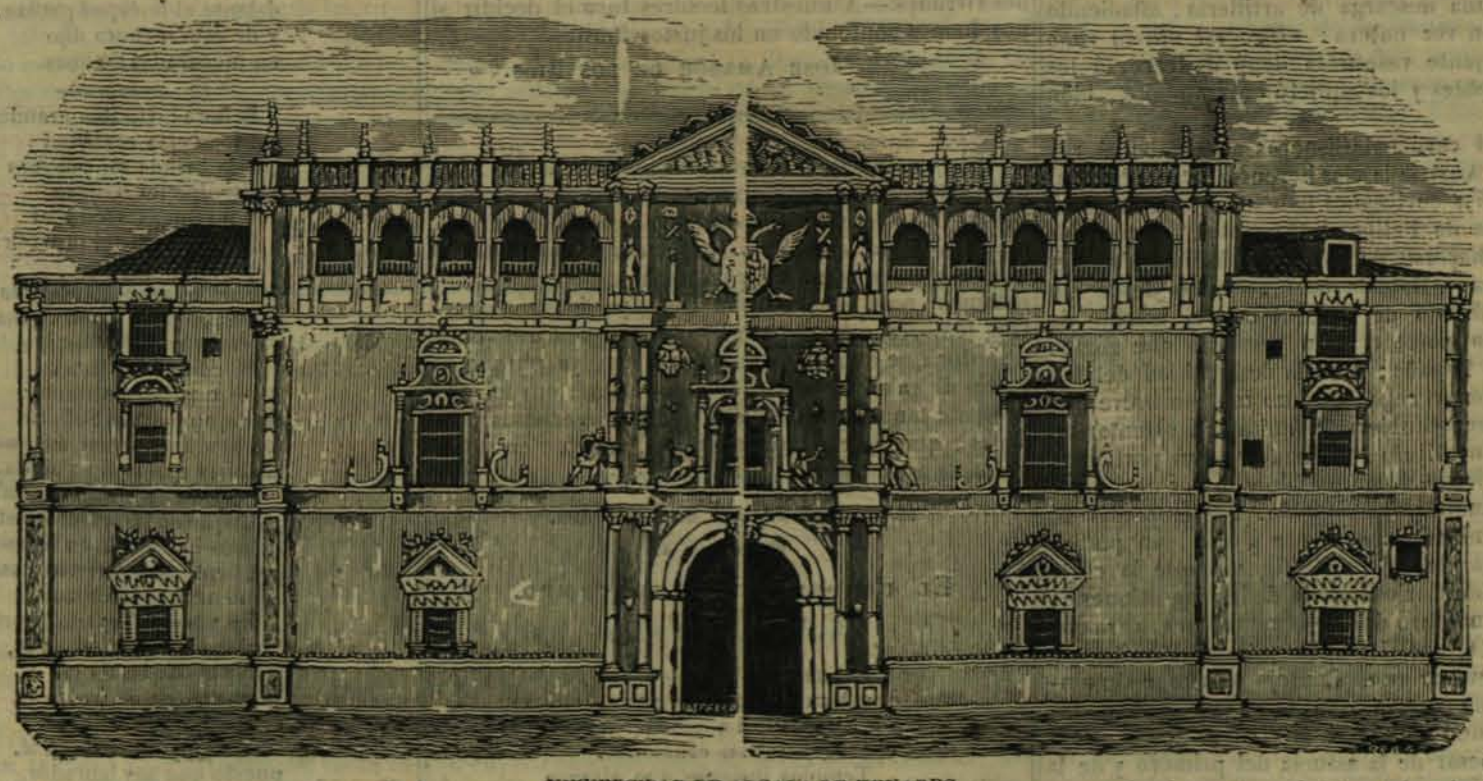
Dejemos los viejos muros
que besa el plácido Tormes,
y el Zurguen, á quien Melendez
consagró tiernas canciones.
Templos insignes que alzaron
al saber nuestros mayores;
de injusta y bárbara guerra
son hoy escombros informes.
Huyamos de aquí, señora,
que entre esos rudos montones,
aun se siente emponzoñado
el aliento de la córte.
Venid, si el hombre destruye
esas jigantescas moles
que ayer levantó orgulloso
para eternizar su nombre.
No quita el verde del prado,
ni el azul del horizonte,
ni mûda el arte sublime
de canoros ruiseñores.
Ni el aroma del tomillo
su infanda ciencia corrompe,
ni el amor puro y leal
de campestres corazones.
Ved, cual laten al miraros
y en vuestro obsequio componen
manjar, como su cariño,
sano, limpio, franco y pobre.
Da principio el áurea poma
que el apetito dispone,
y de Valencia recuerda
las encantadas regiones.
Tambien en su ardiente playa
ese blanco arroz se coje
entre lagunas que *forma*
la codicia de los hombres.
Por eso ven envidiosas
sus zagalas los colores
que en sus mejillas ostentan
las serranas de estos montes.
¿Quién del hidalgo puchero
podrá celebrar las dotes
si en él solo nos legaron
su imágen los ricos-homes?
Tranquilo en su hogar sencillo,
sin séquito que le estorbe,
sin especies extranjeras
que su inocencia inficionen.
Constante todos los dias,
cualquier desmayo socorre,
y en la solemne ocasion,
espléndido, rico y noble.
Luego al jamon suculento
que el olfato reconoce:
bueno es que salva le hagamos
con esta copa de aloque.
El dorado corderillo
que ayer triscó por el bosque
se presenta por tributo
de los sencillos pastores.
De tierna y fresca lechuga,
cogollos para los postres,
y vizcochos que envidiáran
Valladolid y Monforte.
Mas blanca, en fin, que la nieve
que Bejar guarda en su montes,
fresca nata, pura leche
y requeson con arrope.
Terminada la comida
delante el huésped paróse,
y de esta manera dijo
en mesuradas razones.

Señora: vuestra grandeza
perdone esta cortedad
que le brinda mi pobreza
y disculpe mi llaneza
con mi buena voluntad.
Ni el oro en mi mesa brilla
ni pulida filigrana,
que no es menester bajilla
habiendo paz, buena gana,
y blanco pan de Castilla.
Ni cumple el ahora
estos manjares villanos:
diré que por vos Señora,
los han hecho con sus manos
las hijas que el alma adora.
¿Cabe mas ponderacion?
¿Aunque os dé tributo justo,
cuanto hay noble en la nacion
goza entonces vuestro gusto
como agora el corazon?
En vuestra heredad nací,
la riego con mis sudores,
y mis hijos ven en mí
lo que yo en mi padre ví,
el amor á mis señores.
Y arguyo de buena fé,
puesto que soy labrador,
y siempre un amo tendré,

que quien siempre dueño fué
sabrá ya serlo mejor.
Vuestros mayores lanzaron
al moro allende la sierra,
con sangre que derramaron
justo es que cobren de tierra
que á tanta costa compraron.
Esto tengo yo aprendido;
mas me duele, vive Dios,
que á seis dueños he servido,
y á ninguno he conocido
como hoy os conozco á vos.
¿Qué hacen, señora, decid,
en el palacio del rey,
que así olvidan á su grey?
¿Hay por ventura en Madrid
corazones de esta ley?

Calló por su faz rugosa
corrió una lágrima entonces,
y en tu mano respetada
sus lábios trémulos pone.
No comprendi yo las frases
que enternecida respondes,
que cuando los ojos hablan
es el corazon quien oye.
Vamos de aquí, que te esperan,
celosos de tus favores,
otros pueblos; mas primero
que dejar estas mansiones.
Mire en torno, cuánta dicha
bajo su techo se esconde,
cual la anuncia en sus paredes
ese ordenado desórden.
En dos cuadros adornados
de tomillos y ababoles,
mal pintadas, bien queridas,
la Vírgen madre de amores.
Y la Reina, que del trono
de castillos y leones
rayos de lealtad infunde
á los pechos españoles,
Presiden la estancia en torno
recias sillas, altos cofres,
y tarimas que hacen blandas
los desmotados vellones.
Junto al antiguo escritorio
de marfil, ébano y bronce,
bruñidas con el trabajo
yacen las rejas enormes.
El caramillo, consuelo
de los primeros amores,
y junto al lecho nupcial
el Salvador de los hombres.
Allí la cuna, y no lejos
los amarillos blandones
que arderán cuando su dueño
casi en el sepulcro toque.
A su luz verá tranquilo
de la eternidad el borde,
dejando á sus netezuelos
su bendicion y su nombre.
Entre las corvas estebas,
las ahijadas y las hoces
pende el certero arcabuz,
terror del vecino bosque,
Y el torcido polvorin
con tan pulidos recortes
que la misma filigrana
envidiára sus primores.
Y al cabo en feudal escudo
los mal trazados blasones
de Fonsecas y Acevedos
con la corona de Conde.
Cerrando en fin la espiral
de las moriscas labores
el artífice discreto
ha cincelado este mote.
«Por el dueño á quien yo sirva
y por la bella que adore,
no hay fiesta que no celebre
ni peligro que no arrostre.»
Salud altos pensamientos,
resto de tiempos mejores
ocultos en estos campos
olvidados en las Córtes.
Así del héroe famoso
enmoecido el estoque
yace montaráz cuchillo
lo que fué gloria del orbe.
¿En dónde estan de Castilla
los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Dó está de Haro y Maldonado
la labor? ¿En dónde en dónde
los héroes en Villalar
vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el caudillo
de los tercios españoles.
Viendo la paz de estos campos
y el tañir de los albogues,
olvidó el son de las trompas
y el rodar de los cañones.
Y mansamente sentado
cabe las henchidas trojes,
contaba sus propios hechos
á sus propios labradores.
Su heróico ardor les infunde,
y en su admiracion recoge,
para servir á su patria,
brio nuevo y fuerza doble.
Mal haya, mal haya el dia
en que necias ambiciones
cargaron á nuestros padres
de los áulicos honores.
¡Ay! no con llaves doradas
ni con ricos uniformes
su honor y fuerza compraron
nuestros egregios barones.
No ha de ser flor la nobleza
que en el pensil de la córte
cede á cualquier airecillo
y al rayo del sol se esconde.
Sino arraigado en la tierra
añoso copudo roble,
que lanzas crie en sus ramas
sacudidas por el norte.
Hoy, los grandes de costumbres,
estrañas imitadores,
á su vez desconocidos
del pueblo que desconocen.
Atados al viejo yugo
que los Reyes les imponen,
sufren de envidiosa plebe
el nivelador azote.
¡Sus! despertad, que ya es hora
venid, y quizás entonces
los que en Palacio os desprecian
en las cabañas os honren.
Allí la envidia os persigue,
aquí el amor os acoge,
allí cual siervos os tratan,
aquí os proclaman señores.
Sí, que esos viejos castillos
no son infames padrones,
no los hicieron esclavos,
no los vendieron traidores.
Ganados son por valientes
que aclamaron en sus torres
religion santa en sus cruces,
libertad en sus pendones.
Honor á tí que adunando
en tu persona conformes
el encanto de tus prendas
y la prez de tu renombre.
Tan labradora en el campo
como dama en los salones,
madre del colono humilde,
modelo del alto prócer.
No hay arte que no comprendas,
no hay empresa que no logres
ni albedrío que no rindas
ni voluntad que no dobles.
Por eso cuando te ausentas
tras de tu caballo corren
las zagalas, y con llanto
arrojan al paso flores.
«Bien vayas, gentil Señora,
donde como aquí te adoren,
la madre de Dios te guie
bendiga el Cielo tu prole.»
En tanto los montaraces
por el collado trasponen
y tú, por cubrir tu llanto,
alzas en fin el galope.
Que es fuerza tambien que veas
tus feudales torreones
antes que en los hondos valles
tienda su manto la noche.

M. Roca de Togores.



UNIVERSIDAD DE ALCALA DE HENARES.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

EL HERMANO DE LA MAR.

(CONTINUACION.)

«Acaso me faltará aliento para sentar en este libro unas memorias que seguramente me amargarán toda la vida.—Es tan negro, tan repugnante el cuadro que se ha ofrecido ante mis ojos desde el dia en que mi seno presintió los azares que despues se han sucedido, que me siento desfallecer al contemplarlo, pareciéndome imposible que en tan corto espacio de tiempo se hayan acumulado sobre mí tantos infortunios. Por desgracia no son calamidades de esas que inventa una imaginacion acalorada, sueños que al despertar desaparecen, ligeras sombras que ahuyenta la ardiente luz del sol.... no; son calamidades que se hallan revestidas de una eterna indestructible realidad, y por lo mismo quiero dejarlas aquí escritas para que incesantemente me recuerden y nutran el odio que profeso al autor de todas ellas, y porque así conservaré mi valor hasta el dia de la venganza.

Hace ya algun tiempo que nuestras amigas dispusieron una romería á uno de los pueblecillos de la montaña para presenciar los juegos y originales espectáculos que desde tiempo inmemorial se conservan aun entre los indígenas del interior de Tierra Firme.—Habian determinado que todas fuesen á caballo, y como conocian mi decidida aficion á esta clase de expediciones, me invitaron eficazmente para que aumentára el número de los que habian de componer aquella festiva caravana; pero hallándose mi padre ausente y á bastante distancia, y mi madre algo indispuesta, me excusé alegando estas fundadas razones, significándoles el sentimiento con que á ello renunciaba. No obstante, mi madre á cuya perspicacia no se habia ocultado la tristeza que me dominaba hacia ya algunos dias, unió sus ruegos á los de las demas, y por último quedó resuelto que tomaria parte en la funcion.—Dí órden á Damian, criado mayor de mi casa, para que se dispusiera á acompañarme al dia siguiente, y para que me tuviese preparado uno de los caballos que yo montaba con mas frecuencia.

Don Luis de Alvarado habia cumplido su palabra. —Desde la noche fatal que en medio del bullicio y alegría que reinaba en uno de los bailes de mi casa nos habíamos declarado mutuamente la guerra, no se habia vuelto á presentar en nuestra sociedad; por lo que no cesaba de darme el parabien, y tuve el placer de repetírmelo cuando en la mañana del dia en que debíamos partir á la expedicion se formada en batalla delante de nuestra quinta una brillante cabalgata en la que no descubrí á mi audaz cuanto implacable enemigo.

Soy algo fatalista, y la ausencia de este personaje la consideré como el mas feliz agüero; ademas, el cielo estaba despejado, limpio el horizonte, y el aire purísimo del campo reanimó mi corazon de tal manera, que me pareció volver á aquellos dias venturosos en que mi seno henchido de felicidad respiraba exento de pesares.—Mas ¡ay! duró bien poco esta nueva aurora de mi vida.

El Inca.

Emprendimos nuestro viaje con la mayor alegria y los mejores propósitos de hacerlo ameno y divertido; corrimos tumultuosamente por los campos; los jóvenes que nos escoltaban me dirigieron lisonjeras palabras por la destreza y seguridad con que segun ellos mandaba mi caballo, cruzamos al gran galope un terreno sombrio que se extiende á los pies de la montaña, donde nos dijeron que habitaba á la sazon un número considerable de panteras, y finalmente llegamos al pueblo designado rendidas de fatiga.

Mucho nos obsequiaron aquellas pobres gentes, en las que el instinto hospitalario está maravillosamente desarrollado; pero á decir verdad, sus juegos, que datan de los tiempos primitivos, y sus belicosos espectáculos, ofrecerán un grande interés al filósofo observador de las costumbres, pero muy poco atractivo ciertamente á las jóvenes de nuestra edad educadas bajo el influjo de principios mas racionales.

Dos dias permanecimos en aquella poblacion disimulando cada cual su aburrimiento y afectando no echar de menos las comodidades de su casa, y bien entrada ya la mañana del tercero determinamos dar la vuelta á la ciudad, de la que nos hallábamos á una distancia de mas de veinte millas.—Caminamos algunas horas sin que ocurriese novedad digna de mencion, y á la caida de la tarde nos hallamos á la entrada del bosque en que decian se albergaban las panteras sin que hubiésemos echado de ver, distraidas con la animada conversacion que traíamos, lo avanzado de la hora y que la noche nos iba á sorprender en medio de un terreno tan peligroso.

—Convendria, me dijo mi fiel Damian colocándose con su caballo á la izquierda del mio, que ganásemos mas tierra: muy pronto cerrará la noche, el suelo está bastante quebrado y nos hallamos aun muy lejos de la quinta.

—¿Nos falta mucho?

—Si señora.

—Pues yo daré la señal,—seguidme todos, dije poniendo mi caballo al trote.

—Afírmese Vd. bien, señorita, gritó Damian; el tordo es algo duro, y si olfatea alguna fiera le puede dar una huida de costado.

—No tengas miedo, le contesté sacándolo al galope; seguidme todos—y penetré en el bosque la primera.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

De pronto mi caballo se estremeció violentamente y en seguida avanzó con una rapidez extraordinaria. Me acordé de lo que Damian acababa de anunciarme y por lo mismo dejé al tordo que corriera libremente á través de la hojarasca de aquel bosque sombrío. Mas ¿cuál fué mi confusion cuando repuesta algun tanto de mi sorpresa volví la cara atrás para ver si me seguian, y me encontré sola corriendo velozmente entre las sombras y en un terreno desconocido? Quise entonces refrenar á mi caballo, pero fueron vanos todos mis esfuerzos; ya no se dejaba gobernar, y cuanto yo mas me proponia sujetar su escape, tanto mas aumentaba la velocidad de su carrera. Torné á mirar á atrás.... y nadie, nadie me socorria! Solamente y para mas consternacion en tal momento, ví á la indecisa luz del crepúsculo que empezaba, las cenicientas ancas de mi desbocado palafren manchadas de sangre, producida por un pequeño harpon que una mano invisible y misteriosa le habia clavado en ellas. Entonces comprendí que el efecto de una herida tan repentina era el que así le arrebataba, mas no me pude explicar en aquellos instantes de afanosa angustia el orígen de un suceso tan extraño, que para mayor desventura mia no tardé en adivinarlo mucho tiempo.

Sin norte ni vereda seguia mi caballo atravesando la espesura: fragmentos de mi velo y mis vestidos se quedaban enganchados en los altos matorrales, y en cada árbol de los que cerraban el terreno esperaba encontrarme con la muerte. En medio de la natural turbacion y aturdimiento de que me hallaba poseida, me pareció escuchar el galope de un caballo, y renaciendo en mi pecho la esperanza miré.... ¡Dios mio! no me habia equivocado. A muy corta distancia sobre un caballo negro y corriendo á toda brida ví la imágen del *Inca*, al detestable Alvarado, que me dirigió un saludo acompañado de una sonrisa feroz.—¡Ay de mí! creí que Satanás me perseguia, y abandonándome de repente el valor y serenidad que hasta entonces habia conservado, perdí completamente los sentidos.

Cuando volví de mi profundo parasismo, me encontré sobre un lecho formado de ramas de ciprés y en el fondo de una pobre cabaña: Damian estaba á mis pies contemplándome con la mas viva inquietud.

—¿Dónde estoy? exclamé.

—¡Gracias á Dios! señorita, tranquilícese Vd.; estamos en la choza de un cazador de leopardos, á quien he enviado á la quinta para que con todo sigilo y sin que la señora lo advierta nos remitan un carruaje para conducirla á Vd. con la posible comodidad. En breve estará de vuelta con lo que necesitamos, porque es un famoso andarin y lo he recompensado largamente.

—Gracias, Damian: ¿quién me ha conducido á esta cabaña?

—Yo, señorita. Como cuando Vd. entró en el bosque sin duda el tordo se le desbocó, la perdimos de vista y nos ganó mucha delantera. Todos la seguimos á Vd.; yo me lancé en el bosque á la ventura y á mas tres millas de carrera tuve la suerte de encontrarla arrojada por el caballo en un juncal y privada de conocimiento. La lavé á Vd. el rostro con el agua de un riachuelo que hallé á corta distancia, y la conduje en mis brazos á este sitio, donde he prodigado á Vd. los escasos remedios de que aquí podíamos disponer.

—Y ¿no has visto á nadie mas?

—A nadie. Los caballeros de la comitiva la habrán buscado á Vd. inútilmente, y desesperados de encontrarla se habrán vuelto á la ciudad.

—Ay!... respiré un poco mas tranquila: recordé confusamente lo pasado, y por la relacion de Damian, llegué hasta poner en duda lo que habia visto, atribuyéndolo á una fantástica vision producida por el estado de agitada vaguedad en que mis ideas se hallarian en tal momento.—Pero me acordé del harpon y de la sangre de que habia visto manchado á mi caballo y pregunté á Damian con impaciencia.

—Y el tordo?

—Malos tigres se le coman.... perdone Vd., señorita; pero si llego á echarle la vista encima, le largo un pistoletazo para que no vuelva á desbocarse llevando una carga tan preciosa.—Todavía puede ser que esté corriendo por esas espesuras, ó se habrá estrellado contra el robusto tronco de algun cedro; lo que menos importa es el caballo, mas digno de atencion es el susto que nos ha dado y que felizmente creo que no tendrá funestas consecuencias. ¿Qué tal, señorita? ¿Se encuentra Vd. mas animada?

—Sí, sí; la caida no ha sido peligrosa, y si mientras llega el carruaje puedo descansar algunos instantes me parece que volveré á casa completamente restablecida.

—Dios lo haga; procure Vd. conciliar el sueño mientras yo velo á la puerta de la choza.

Así lo hizo Damian, y yo me entregué á profundas reflexiones. Me parecia tan singular cuanto me habia pasado y era tal el trastorno que sufria mi cabeza que no acertaba á poner en claro los sucesos en que yo acababa de tener una parte tan activa.

Logré reposar nada mas que breves momentos, porque á poco y entre sueños sentí que me tocaba un cuerpo extraño y desperté sobresaltada. No habia nadie, pero á la luz de la tea agonizante que alumbraba el interior de la choza, ví sobre mi falda una hoja de papel que acababan de dejar sin duda, porque antes yo no la habia visto, y recogiéndola leí en ella llena de asombro estas palabras escritas con un lapiz.

«El plan estaba perfectamente combinado, el caballo obedeció al certero aguijon, y unos momentos mas de próspera fortuna me hubieran resarcido del desaire del ramillete. Pero un criado oficioso ha echado por tierra mis esperanzas cuando las iba á realizar.—¡Paciencia! El bosque es muy espeso y favorece á los fugitivos.... No nos apresuremos.... Aunque la vida es breve, da mucho de sí cuando se sabe aprovechar.»

Sobrecogida del mas horrible espanto sentí que el hielo de la muerte circulaba por mis venas. Con que ¿ya no habia duda? ¿con que él, el Inca, habia herido á mi caballo para separarme de los demas, apresarme en la espesura y asegurar de esta manera la abominable venganza que tenia meditada? Y ¿por dónde, estando Damian á la puerta de la cabaña, habia logrado introducir aquel siniestro escrito en el que su autor habia esprimido todo el veneno de su diabólico carácter? En este momento sentí la desagradable impresion del viento que sin duda penetraba por alguna de las rendijas de aquellas débiles paredes, y al incorporarme para ver de dónde procedia, ví en el colmo del terror sobre la cabecera del lecho que ocupaba, abierto un ventanillo que daba al campo por el cual asomó y volvió á retirarse la cabeza del implacable Alvarado con sus ojillos de tigre y su eterna satánica sonrisa.

Di un grito agudísimo; la pequeña ventana se cerró, Damian se presentó en la estancia.

—¿Qué sucede, señorita?

—No te separes de mi lado.

—Pues qué pasa?

—Tengo miedo, me parece que anda gente al rededor de esta cabaña....

—Son los criados de Vd. que acaban de llegar con el carruaje: no hay que asustarse por tan poco; vamos, ¿se siente Vd. en disposicion para emprender la marcha?

—¿Cuántos criados han venido?

—Ocho, señorita: el camino que nos falta es bastante bueno, y ademas todos traen hachones para evitar los malos pasos.

—¿Ha sabido mi madre esta ocurrencia?

—No señora, es lo primero que encargué....

—Pues salgamos inmediatamente de aquí.

Y me lancé fuera de la choza.

Al subir á mi carruaje pasó cerca de nosotros y á todo escape un caballo tan negro como la oscuridad que nos rodeaba, montado por un hombre que iba silbando y que ninguno pudo conocer.

—A estas horas acostumbra el diablo á pasearse, dijo Damian en tono de broma.

—¿Quién será?.... murmuraron los criados santiguándose.

—Yo pudiera haberles contestado.... *el Inca*.

Pocas horas despues mi madre me estrechaba entre sus brazos.»

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

POESIA LIRICA.

Estéril parecerá ocuparnos en un asunto, cuyo valor hemos reconocido nosotros anteriormente ser muy escaso en la actualidad, cuando negábamos la condicion de popular á la poesía lírica de nuestros tiempos, y cuando despues la hemos casi indirectamente combatido, poniéndonos de parte de los que quieren verla muy encomiada en el drama.—De lo que no se estima, puede decirse que nada importa, y lo que nada importa, no merece considerarse..... ¿Se nos puede reconvenir con tal argumento?—¿No hemos dado ocasion á que se nos reconvenga?.... Pocas palabras servirán de contestacion, poniendo en claro y de una vez nuestro propósito.

Nadie nos negará que de quince años, y mas especialmente de diez años á esta parte, han sucedido muchas cosas nuevas en nuestra bella España: no porque la lucha empeñada en este pais entre lo viejo y lo nuevo deje de tener una fecha mas atrasada, pues sin duda nuestra revolucion social cuenta ya de vida desde fines del pasado siglo; pero ahogada á cada instante por una combinacion varia de reacciones consignadas en nuestra historia política, no ha contado nunca tan largo y no interrumpido período de desarrollo como al presente, y no ha podido por tanto hasta ahora adquirir sino una fisonomía determinada, al menos algunas señales que dan á conocer sus tendencias.—Hé aquí por qué la nueva literatura, que debia necesariamente resultar del nuevo órden de cosas, no ha podido tampoco hasta esta última época manifestarse con caractéres especiales y distintos de los que determinaban la literatura de los tiempos pasados.—Y hé aquí por qué, siendo esta literatura un nuevo fenómeno de nuestra revolucion social, merece ser examinada por todas sus fases para clasificarla para darle el puesto que le corresponde en nuestros anales contemporáneos, ya que posible no sea analizarla con la extension y juicio que reclama la buena crítica, tanto por la debilidad de nuestras fuerzas, como por lo árduo del empeño.

Ahora bien: siendo la poesía una parte de esta literatura, ¿cómo desentenderse de su aparicion en la escena? ¿cómo condenarla á un desden injusto, ó á un absoluto olvido sin faltar á la exactitud de cronista y á los deberes de observador?.... ¿cómo guardar acerca de ella un silencio, que no permite la indudable influencia que ha ejercido en toda nuestra literatura, ni cómo dejar de mencionar siquiera los nombres ilustres que contamos entre nuestros líricos actuales, ni cómo en fin, esquivar la tarea de compararlos con sus predecesores, si se han de establecer las diferencias características de sus respectivos tiempos y sus respectivas obras?.... Estas son las consideraciones que nos mueven hoy á intentar la enumeracion de los poetas líricos que mas se han distinguido en la última década, y la clasificacion de los diversos géneros á que mas especialmente se haya consagrado cada uno.—Perdónesenos que repitamos lo que anteriormente hemos dicho respecto á nuestras intenciones, para que bien conocida la extension del compromiso que nos imponemos, no se nos exija la responsabilidad mas allá del límite que nos trazamos.—Repetimos, pues, que no es nuestro ánimo revelar dogmas, ni erigir doctrinas; y sí solo, contar con la perfeccion y claridad que nos sean posibles cuanto hayamos observado, aventurando alguna vez nuestro juicio para cumplir un deber de conciencia, al que obedecemos sin pretensiones de maestro, que serian muy ridículas en nosotros; y sin revestirnos de una dignidad judicial, cuyo menor inconveniente seria carecer de código, y hasta de jurisprudencia á que ajustar sus decisiones.—Somos poco mas que simples expositores, y bastante menos que críticos.

Nosotros no conocemos mas poesía lírica original y primitivamente española, que la de nuestros romanceros:—solo en esta poesía es la inspiracion tan propiedad nuestra como el asunto, como la esencia y las formas que la determinan.—El romance es para nosotros lo que debieron ser para Grecia los cantos homéricos, lo que debieron ser Isaías y David para los hebreos, lo que fueron las baladas de los bardos

septentrionales para los rudos escoceses, y los indomables teutones.—Solo el romance es entre nosotros un canto espontáneo, una poesía comun, un eco verdadero de los tiempos en que tiene su orígen; y todo lo que no es él, es entre nosotros una poesía facticia, prestada, extranjera en sus formas y en su fondo:—y tan cierto es esto, que aunque la historia de nuestra poesía conocida parte del *poema del Cid*, es un dogma para los historiadores de nuestra literatura, que antes de él debia ser ya el romance, ó mejor dicho, la poesía romancesca la de nuestro pueblo; y aun siguiendo las mismas inducciones acreditadas para buscar el orígen de la Ilíada, se asegura no ser aquel otra cosa mas que la recopilacion de esta poesía romancesca que se supone anterior á él; pero precisamente desde esta recopilacion comenzamos nosotros á ver falseada la originalidad y la espontaneidad que atribuimos á los romances, puesto que se ve en medio de la rudeza de esta epopeya como cierta pretension de cultura y de órden extraños ya á la índole de aquellos, asi como tambien una versificacion no menos estraña, que parece buscar las vueltas al exámetro latino, al paso que lucha con el artificio de la rima, que usaban ya los poetas provenzales por el tiempo en que juiciosamente puede pensarse que tuvo su orígen el *poema del Cid*.—Si se nos concede exactitud en estas observaciones, no se podrá menos de convenir con nosotros en que al aparecer este poema comenzaban ya á ser no solo conocidos, sino tambien estudiados los dos elementos que vinieron á usurpar la primacía al romance, es decir, los clásicos latinos, y los poetas italianos.—En los españoles del siglo XIV y XV, se ven ya tan claramente las huellas de esta influencia, como en el archipreste de Hita por ejemplo, donde creemos reconocer algunos rasgos del genio satírico de Juvenal, así como manifiestamente se ve en el *Laberinto* de Juan de Mena el intento de imitar la *Divina commedia*; y en todos los demas poetas contemporáneos un reflejo nada equívoco de la docta poesía provenzal.—No es esto decir que carezcan de originalidad nuestros poetas del siglo XV: la tuvieron, y mucha; aunque solo se considerasen como los verdaderos creadores de la primera poesía castellana culta que conocemos, debemos tener por gran cosa haber acertado á dar á nuestro idioma esa admirable flexibilidad con que se presta á todos los géneros de poesía, como á todos los metros imaginables, debiendo confesar sin embargo, que en los versos de *arte menor* saca una gran ventaja:—asi debieron sin duda comprenderlo los poetas de don Juan II; pues *conociendo*, como no podian menos de conocer, el endecasílabo italiano, lo desdeñaron y pospusieron muy acertadamente á sus flúidas *endechas*, y á los robustos y armoniosos versos llamados de *arte mayor*, cuya construccion es tan esencial y acomodadamente castellana, como la graciosa redondilla, y la quintilla tan cadenciosa y armónica.—Si se atiende despues á que estos poetas vivian demasiado cerca de los tiempos de la primitiva poesía castellana, ya se ve, aun prescindiendo de las pruebas de hecho, que participaban del espíritu de aquellos lo bastante para no ir á mendigar sus inspiraciones fuera de sí propios:—asi se ve en efecto en sus producciones aquella noble sencillez en el concepto, aquella especie de gravedad en la espresion; y aun podemos decir, aquella especie de monotonía propias del primitivo romance castellano.—¿Quién podria negar, por ejemplo, estas condiciones á aquellas célebres coplas de Jorge Manrique á la *muerte de su padre*, tan sencillamente sublimes, tan flúidas, tan castizas, tan superiores en fin al siglo en que se escribieron, que causan un verdadero asombro, si se comparan con todas las demas producciones de sus contemporáneos, y aun con las del mismo autor?—Decia el buen poeta en una de las estrofas de esta composicion

Dejemos á los romanos,
Que sus triunfos no los vimos
Ni sus glorias—
Dejemos á los troyanos,
Aunque oimos y leimos
Sus historias—

y esto nos hace venir á pensar en la enorme distancia á que se colocaron los poetas del siglo siguiente de tal consejo, que si bien tomado á la letra, habria sido un absurdo, pudo, en gracia de la originalidad, haber puesto algun coto á aquella imitacion servil de los cantores de Troya, y principalmente de los clásicos del tiempo de Augusto, con que nuestros líricos del siglo XVI sofocaron el gérmen de inspiraciones nacionales y espontáneas, que les brindaba su gloriosa época tan fecunda en acontecimientos grandiosos y en ideas nuevas.—Lejos sin embargo de acoger estas inspiraciones, que no les hubiera costado ningun esfuerzo aprovechar libre y desembarazadamente, amarraron su lira al yugo de los remedos con abnegacion tan obstinada de su propio ingenio; rebuscaron, manosearon y agotaron con tal tenacidad las ya caducas producciones de Roma y el paganismo, que nos parece muchas veces su poesía un manual de historia romana, ó un *momenclator de mitología*, y siempre una casi traduccion con comentarios fria y descolorida de Horacio y de Virgilio.—Si alguno de ellos intentaba un poema, no pensaba mas que en que se pareciese á la Eneida—si ensayaba la elegía, precisamente habia de parecerse á Ovidio.—Porque Virgilio escribió églogas, las escribieron ellos tambien; y se empeñaban en hacer triscar á los corderillos en la pradera, y en respirar, cantando la blancura de sus Filis, la esencia de los tomillos, los mismos hombres que pasaban su vida matando gente de batalla en batalla, y que no dormian á gusto si no los perfumaba el delicioso aroma de la pólvora.

Qué resultó de estas contradicciones entre los hechos y las palabras, entre el sentimiento y la inteligencia, entre la vida real de las batallas, y la fingida de la imaginacion?—Lo que necesariamente habia de resultar; una poesía facticia, lánguida, minuciosa en los detalles, esquisita en muchos accidentes: pero en el fondo tan fria como todas las mentiras, y tan monótona como son todos los servilismos.

Hemos estudiado atentamente los poetas líricos del siglo XVI y la mayor parte de los del siguiente hemos encontrado en ellos pureza de diccion, versificaciones armoniosas, frases bellas, artificio bien combinado; pero originalidad, ninguna; pero ni rastro de sólida filosofía.—Esta es la regla general; ahora es preciso citar como excepciones á Fray Luis de Leon, original de una manera inimitable hasta cuando traduce, y á Francisco de Rioja, tan filósofo como Séneca, tan dulcemente melancólico como un trovador enamorado, y tan gran poeta como el poeta mas grande del universo, que tal le juzga el religioso entusiasmo que nos inspiró desde nuestra niñez.—Todavía pueden admitirse como modificaciones de nuestra opinion algunas composiciones aisladas de algunos otros, como por ejemplo la magnífica cancion á la batalla de Lepanto, que es sin duda de lo mas original y filosófico que hay en nuestro antiguo parnaso, ya se considere la porcion de hebraismos oportuna y nuevamente introducidos en ella, ya el espíritu religioso que preside á su inspiracion, y que considerado como causa del triunfo que se celebra, es ademas de una verdad histórica, una manera muy filosófica de ser juzgado por un poeta cristiano y español.—Puede añadirse á este ejemplo la sátira de Lupercio Leonardo de Argensola, que comienza:

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes,

en la que se ve un bellísimo cuadro de costumbres trazado con naturalidad, con verdad y con decencia á pesar de ser el asunto satirizado tan resbaladizo, como es pintar las artificiosas mañas de una *dama de industria*.—Aun podrian citarse algunas otras composiciones de otros como excepciones de la regla general que dejamos sentada; pero ¿qué probarian ellas en último resultado, mucho mas siendo tan escasas que en dos líneas puede hacerse su enumeracion?—Probarian en resúmen lo que hemos dicho opinar acerca de nuestros líricos de los últimos siglos citados, es decir, que carecen de originalidad y de sólida filosofía.—En cambio es cierto que les debemos haber elevado nuestro lenguaje poético á una altura, como no ha vuelto á estar desde entonces; palabras, locuciones nuevas, nuevos metros, esquisitismo en los detalles, y por decirlo de una vez, belleza en las formas.—Si se juzgan bajo este punto de vista, nosotros estamos conformes en que Herrera deba llamarse *divino* y Garcilaso *príncipe de los poetas españoles*.

Para acabar la mencion de esta época que nos ocupa, vamos á decir cuatro palabras acerca de Góngora.—Ningun hombre de gusto deja de confesar que cuando este poeta no es *gongorino*, es tan bueno como el primero: nosotros añadimos que cuando Góngora es bueno, es el mejor entre los mejores.—Si su imaginacion hubiera sido tan templada, como era fina su penetracion y crítico su juicio, en vez de producir esa revolucion espantosa del *culteranismo*, que él inauguró, parécenos que su espíritu filosófico y su rica inventiva habrian sido bastantes á resucitar la perdida originalidad de la poesía lírica castellana, con éxito tan brillante como obtuvo Lope de Vega respecto de la dramática, y Cervantes de la novela.—Góngora sin duda era hombre de grandes pasiones, y necesitaba de emociones fuertes para satisfacerlas: y como en la poesía de su tiempo lejos de hallar estas emociones no encontraba mas que la languidez de unas imitaciones siempre iguales, siempre revestidas de los mismos caractéres, consultó, primero á su corazon, y dijo: «esto no me satisface: yo quiero algo nuevo»—consultó en seguida á su amor propio; y este engañoso oráculo aprovechándose de algunos ensayos consumados felizmente, y lisonjeándole con la esperanza de obtener una originalidad que le inmortalizase, le habló con el acento del orgullo, le hizo creerse dueño de mas fuerzas que las que realmente poseia, y le dijo: «tú has comprendido los vacíos, que hay en la poesía de tu tiempo: tú vales mas que lo que te rodea; tú eres capaz de concebir por ti propio sin auxilio de inspiraciones ajenas: tú serás original, tú serás innovador.»—Y ambas cosas lo fué; pero ¡qué innovacion, qué originalidad!—Sobradamente preocupado con la gloria de su empresa para combinar tranquilamente los medios de realizarla; sobradamente irritado su amor propio por las fuertes contradicciones que le asediaron desde el principio de su carrera para contenerse en los límites de la prudencia, solo aspiró desde luego á lucir y á triunfar; y como los medios que mas á mano tenia para conseguirlo eran la innovacion de las formas, innovó las formas y nada mas, porque la cólera no debió dejarle tiempo para otra cosa.—Pudo ser original, pues toque en resúmen lo fué, aunque estravagante; y de si era ó no filósofo, responda por nosotros su genio satírico tan admirablemente revelado en sus cáusticas letrillas, en aquellos romances burlescos parodias de los asuntos griegos y romanos, que debian ya tenerlo fastidiado: y sobre todo, respondan esos romances moriscos tan nerviosos unas veces, tan suaves otras, y siempre tan flúidos, tan castizos, tan característicos, que prueban con su simple lectura ser hijos de una inspiracion tan nacional como espontánea, y que no nos dejan duda de que su autor habia comprendido ser ellos y sus análogos la verdadera poesía, sola y primitivamente castellana.—Góngora y su escuela son fenómenos literarios del siglo XVII, que muchas veces nos han de servir de paralelo con muchos poetas y muchas sectas del presente siglo.

En el artículo inmediato diremos algo de nuestra poesía lírica del siglo XVIII, á fin de que siguiendo el plan que nos hemos propuesto en artículos anteriores, encontremos por medio del resúmen histórico el punto de partida para juzgar con el mayor acierto posible lo contemporáneo presente.

GAVINO TEJADO.

Sucesos contemporáneos.

Por atenernos rigorosamente al método establecido en nuestros números anteriores hablarémos ante todo de los sucesos ocurridos en el extranjero durante la última quincena, aun cuando sean de mas bulto los que han tenido lugar en España. M. Guizot se halla restablecido de sus dolencias, y ha tenido la gloria de estampar su primera firma al pie del nuevo convenio sobre la trata de negros: el eminente ministro, el ilustre hombre de estado vá en fin á salir airoso de una legislatura borrascosa y á cumplir el quinto año de su ministerio; periodo á que llegan muy pocos en los gobiernos representativos, y que no cumple ninguno sin el superior talento y perseverancia que á M. Guizot asisten: el dia en que caiga del ministerio volverá á la vida doméstica, y como poderosa entidad política, de manera hábil, para ser otra vez ministro y no de un dia, como otros compatriotas suyos justamente celébres, si bien no tan hombres de gobierno.

M. de Cormenin, el fuerte adalid de los folletos es ahora mas leido que nunca y mas que nunca atacado. A su folleto titulado *el Sí* y *el no* ha respondido el público comprando en un mes ocho ediciones, mientras otro escritor envuelto en las sombras del anónimo ha fulminado contra Timon un punzante folleto motejándole de inconstante en sus opiniones. Esto ha dado márgen á que Cormenin dé á luz otro folleto titula-

do *¡Fuego! ¡Fuego!* Bien lejos de cejar su antagonista, ha vuelto á afilar su pluma, trazando otro escrito, que titula *Bala roja, Fuego contra fuego!* Es posible que estos folletos se traduzcan al castellano: entonces nos ocuparemos mas detenidamente de esta polémica encarnizada.

Aun no podemos hablar del baile de trajes que ha dado la reina Victoria y al cual han asistido el duque y la duquesa de Nemours: habia llegado á Londres el célebre compositor Musard, á quien llaman el Napoleon de la contradanza, para dirigir la música de las comparsas. Parece que la Reina Victoria no visitará este año á Luis Felipe, dilatando esta visita para el año venidero.

Se ha autorizado por una inmensa mayoría en la cámara de los Pares la segunda lectura del bill de Maynooth, siendo de notar que ha votado en su favor el arzobispo de Dublin á pesar de ser protestante: la mayoría ha sido de 157 votos, por lo cual es de creer que se adopte al fin en la cámara alta por mas votos, comparativamente hablando, que en la cámara de los Comunes.

Aun no habia empezado á ceder el mal efecto producido por el triste desenlace de las negociaciones con Roma, que ya se daban por felizmente terminadas, cuando vino á llamar la atencion pública el arresto de dos periodistas: los Sres. D. Fernando Corradi y D. Juan Perez Calvo; amigo entrañable de este último el que escribe estas líneas, hermano suyo, no por los vínculos de la naturaleza, sino por los del cariño, no le corresponde juzgar este acto. Mitigada su pesadumbre al ver que la opinion de toda la prensa nacional y extranjera es favorable á su infortunado amigo, se duele, sí, de que un periódico, uno solo haya pretendido justificar medida tan violenta hablando de planes de trastornos, y dejando suponer que en ellos podian estar complicados los redactores del *Clamor público*. Si en esas sospechas se ha fundado lo que ha merecido universal censura, ó no serán deportados los Sres. Corradi y Perez Calvo á remotas regiones, ó padecerán sin culpa y ceñirá sus sienes la corona del martirio, puesto que ningun tribunal de justicia ha escrito sus nombres en el registro de los procesos sometidos á su fallo, ni el público posee documento alguno que justifique, ni aun de lejos, la indicacion del periódico á que hacemos referencia. Segun acreditados rumores, los señores Corradi y Perez Calvo no serán deportados á Filipinas, ni aun á Canarias, sino que permanecerán en Cadiz algun tiempo, antes de ser restituidos á la libertad y al seno de sus familias. Estos señores han llegado el dia 9 de junio al término de su penoso viaje: las muestras de simpatía, y los ofrecimientos de que han sido objeto en todos los pueblos del tránsito, se renovaron en Sevilla, donde el general Schelly tuvo á bien poner en comunicacion á los desgraciados viajeros. Allí han recibido innumerables visitas de personas de todos partidos, que les han acompañado hasta el muelle, donde se embarcaron en un vapor el dia 9 á las siete de la mañana.

DON JUAN PEREZ CALVO.

Ni con mucho ha agitado tanto los ánimos el manifiesto del Conde de Montemolin, primogénito del Conde de Molina, como la prision de los señores Corradi y Perez Calvo. Sin embargo, el mencionado manifiesto se halla escrito con talento y no debe tomarse á broma, cual lo ha intentado un periódico de esta corte, que de algun tiempo á esta parte se distingue por el poco acierto con que trata todas las cuestiones. *Justicia sin violencia, reparacion sin reaccion, transaccion equitativa entre todos los intereses*, brinda el Conde de Montemolin á los españoles, insinuando que si continúa la disension que existe entre la familia real de España desde la muerte de Fernando VII, no será por culpa suya, lo cual equivale á presentarse como aspirante único á la mano de nuestra Reina. En gran descrédito han caido en nuestro pais los manifiestos, por haberse dado muchos ricos de promesas, que nunca pensaron en cumplir sus autores; á esta contra que tienen entre nosotros documentos de esta especie, se añade otra en el que ahora nos ocupa, y es que aun cuando el Conde de Montemolin se propusiera realizar del modo mas lestricto cuanto promete, se hallaria en la imposibilidad de cumplirlo por las incontestables razones emitidas por *el Globo*, al examinar el manifiesto, pues justo es decir que *el Globo* ha sido el que ha analizado esta cuestion con mas talento y con mas tino, así como *el Tiempo* ha sobresalido en las cuestiones del Concordato, de la prision de los redactores del *Clamor Público* y de la Bolsa.

SS. MM. y A. han llegado con toda felicidad á Barcelona, y la Reina ha empezado ya á tomar las aguas de Caldas: se dice que SS. MM. y A. no se dirigirán á las provincias como se ha anunciado.

CONDE DE MOLINA.

PALACIO DE DON CÁRLOS EN BOURGES.

EL CONDE DE MONTEMOLIN.

NOMENCLATOR ESPAÑOL
GEOGRÁFICO-ESTADÍSTICO-GUBERNATIVO,
Ó
DE TODOS LOS PUEBLOS Y POBLACIONES
QUE COMPRENDE CADA PROVINCIA DEL REINO;
Con especificacion de su nombre, clase, vecindario, dependencia municipal, judicial, eclesiástica, económico-administrativa y militar; así como de las cajas de correos de que dependen; cupo de soldados que les toca en una quinta ordinaria; y minas en su término.
Acompañado de un índice alfabético general y redactado con datos fehacientes y seguros.
Por D. José Bitini y D. T. Serrano Server, oficiales de la comision de estadística.
Se han repartido las dos primeras entregas que comprenden las provincias de ALAVA y ALBACETE.

VISTA DE BARCELONA.

DIRECTOR Y EDITOR,
D. ANTONIO F. DEL RIO.
Impreso
EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
de D. Ignacio Boix.